

coronas de Dinamarca, Suecia y Noruega, la Hansa tuvo siempre la palabra decisiva y son príncipes alemanes —los duques de Meklenburgo y Pomerania, los condes de Oldenburgo, una vez hasta un bávaro— los que pretenden, conquistan, poseen y vuelven a perder el poder, hasta que en el año 1397, por el tratado de Kalmar, se llega a la unión de los tres estados, nuevamente por voluntad e intervención de la Hansa.

Séanos disculpado el haber hablado con tanta extensión de la colonización alemana en el mar Báltico y de sus consecuencias. Justamente, se trata aquí —lo que se olvida demasiado a menudo— de la empresa más grande cumplida por el pueblo alemán a través de todos los siglos; empresa que por sí sola bastaría para asegurarle su lugar entre los pueblos dirigentes de la civilización. Basta con observar en el mapa el vasto territorio que abarcó, desde el Elba hasta el Peipus. Había sido un desierto y fué convertido por los alemanes en una región de elevada cultura. Esta obra puede medirse muy bien con lo que, en la antigüedad, habían realizado los romanos en las provincias sometidas. Podría superarla la colonización anglosajona en las nuevas partes del mundo. Pero, medida con el patrón de su tiempo, la labor de los alemanes en las regiones bálticas debe juzgarse por lo menos al mismo nivel.

La influencia de la colonización alemana no se detuvo exclusivamente en los límites del territorio ganado para el Reich mismo. En realidad pasó mucho más adelante y se extendió sobre toda Polonia y Galitzia, hasta Ucrania y Rumania.

Con razón imaginamos a Polonia como el enemigo hereditario de los alemanes en el este. Desde los primeros años del siglo XIV, en que los numerosos principados pola-

cos existentes se unieron en un solo reino, imperó la enemistad entre ella y el vecino alemán. Y, sin embargo, una vez, en la segunda mitad del siglo XIV, Polonia cayó también bajo la influencia alemana. El mismo rey Casimiro, el único soberano polaco que lleva el apodo de Grande, dió ocasión para ello. Con la paz de Kalisch, en el año 1343, concertada por él con la Orden Teutónica, puso fin por el término de más de una generación a las viejas querellas, renunció a Danzig y desarrolló una política de acercamiento con Alemania. Llevó a su país colonos alemanes, les hizo fundar pueblos y ciudades, a los que concedió la jurisdicción alemana, y cubrió así su reino con una red de colonias alemanas. Cuando logró conquistar la Galitzia oriental hizo lo mismo en ella. En aquel tiempo se predicaba en alemán en las iglesias de Cracovia y Lemberg; se hablaba el idioma alemán en los tribunales, y la Universidad de Cracovia no era otra cosa que una Universidad alemana en tierra polaca. Las cifras revelan el poder de esta influencia alemana: se ha calculado que el total de localidades con leyes alemanas en Polonia y Galitzia alcanzaba a unas 650 y la mayor parte de ellas pueden haber sido muy bien, en su origen, colonias alemanas. Los historiadores polacos de otro tiempo han puesto de manifiesto lo que el país ganó con eso. El primero de ellos, Juan Duglosz, que escribió cerca de un siglo después de aquellos hechos, opinaba que el rey Casimiro muy bien podía haber dicho, como de sí dijo Augusto: "Encontré un imperio de madera y lego uno de piedra". Otros también reconocieron, en los siglos XVI y XVII, que sin la obra de los alemanes Polonia no hubiera progresado tanto y que hasta al final sus colonias se distinguieron, en forma excelente, de las polacas. Una prueba involuntaria nos brinda hoy el idioma polaco, al emplear gran número de vocablos

tomados del alemán para los conceptos comerciales y de la vida comunal urbana.

Se puede sintetizar en unas palabras lo que realizaron los alemanes en el territorio del Vístula y de los montes Cárpatos: fué igual que en las costas del Báltico. La región fué abierta a una civilización más elevada. Considerando este hecho y reflexionando sobre lo que estos países fueron después que la influencia alemana cedió o desapareció totalmente, es posible afirmar que si se puede hablar de deberes vitales para pueblos enteros, que les son encomendados de manera especial dentro de la humanidad, la historia nos enseña que el destino del pueblo alemán reside en llevar la cultura a sus vecinos orientales. Hacia 1400 nadie hubiera negado que todo el norte y el este, los países escandinavos, Polonia y hasta Hungría eran lo que hoy llamaríamos una zona de influencia alemana, de interés alemán, y algo más tarde esto ha sido reconocido hasta en forma oficial. En los grandes concilios de Constanza y Basilea, los daneses y los suecos, y también los polacos y húngaros, fueron considerados sin vacilar como pertenecientes a la nación alemana. Todos estos países no eran realmente más que territorios filiales de la cultura alemana.

Todo esto sólo fué posible por la *alemanidad*, no sólo culturalmente, representaba una fuerza superior frente a sus vecinos del este y del norte. Por cierto que el emperador y el Reich no tenían parte en ello; su aporte en todo este campo se limita a la intervención por la que Federico I separó en el año 1163 Silesia de Polonia y la unió más estrechamente con el Reich, prestando con ello un servicio a la germanización de ese país. Pero esto es todo cuanto hizo el Reich en favor de la expansión alemana. En efecto, la investidura de los obispos livonianos con los territorios por ellos conquistados como principados del Reich

(1207 y 1225), el regalo de la Prusia Oriental a la Orden Teutónica, no pueden considerarse obras del Reich sino solamente de su cancillería. El nordeste fué conquistado para la nación alemana sin ayuda del Reich; por eso la nueva creación pudo sobrevivir a la decadencia del poder del Reich.

Las fuerzas que ofrecieron el apoyo necesario para la colonización y la influencia alemanas en los países vecinos del este y del norte fueron la Hansa y la Orden Teutónica. El Reich no tomó parte alguna en su formación, ni tampoco las sostuvo más tarde. Es lo que tiene de casi maravilloso el espectáculo que ofrece el movimiento colonizador de la Edad Media: ha surgido por completo de las energías particulares, sin ningún apoyo de un fuerte poder central, y a pesar de ello no está menos poseído de un consciente espíritu nacional. La Hansa era alemana, alemana era también la Orden. Como aquélla que no conocía ninguna otra finalidad que la defensa del interés común de los alemanes, y únicamente ese interés, contra el exterior, también la Orden estuvo fundamentalmente cerrada para todo cuanto no fuera originariamente alemán, constituyendo de este modo la única orden eclesiástica estrictamente nacional conocida en la Edad Media.

¡Qué poderosos debieron ser, pues, los resortes que hicieron surgir ese movimiento, tan fuerte, tan expansivo, tan resuelto y consciente, sin un plan ni un impulso unitario, enteramente espontáneo en las necesidades vitales de las fuerzas del país, como la expresión de un instinto natural! Pero si no es posible negar a este momento verdadera admiración, también aparece, en seguida, la pesadumbre de esta reflexión: ¡cuánto no se hubiera podido lograr con esas energías bajo una dirección unitaria y

ordenada por un fuerte poder del Reich! Como eso faltó completamente, el resultado no fué por cierto del todo satisfactorio. No se dedujeron las últimas consecuencias que como únicas hubieran dado una duradera seguridad a toda la obra, y la frontera recibió una configuración completamente inaceptable. La interdependencia entre Prusia y Livonia se fundaba esencialmente en las vías marítimas, por cuanto se omitió la conquista de Lituania (Kaunas), que se encontraba entre ellas.

El emperador Carlos IV, observador sagaz y calculador, reconoció con exactitud las posibilidades existentes en el este y trató de utilizarlas. Este soberano, que en otros terrenos no vaciló en renunciar a haberes incobrables del pasado, había concebido en el este una política de expansión de vastos alcances. Su plan consistía en unir, desde Bohemia, a todos los países vecinos bajo la soberanía de una casa de príncipes alemanes. Por eso adquirió de los Wittelsbacher la Marca de Brandenburgo; concertó con los Habsburgo un pacto hereditario, que debía reunir en una sola mano, al extinguirse una de las dos líneas, toda la masa de los territorios bohemios y austríacos, y casó a su hijo menor Segismundo con la heredera del rey de Hungría, que desde 1370 había llegado a ser también rey de Polonia. Si estos planes hubieran alcanzado a madurar completamente, se hubiera constituido un gran reino brandeburgués-bohemio-polaco-húngaro, que hubiera llegado desde el Elba al Dniester, el Danubio inferior y los Balcanes —pues tan lejos alcanzaba la soberanía húngara que comprendía a Rumania y Servia—, un reino en el que el elemento alemán hubiera tenido la dirección. Por primera vez, presumiblemente, se ha concebido así el pensamiento político que en los últimos siglos fué el alma del estado de los Habsburgo.

No llegó a realizarse entonces. Carlos IV murió en 1378, cuatro años antes que se iniciara (1382) la sucesión húngaro-polaca. Sólo con grandes esfuerzos y largas luchas pudo Segismundo asegurarse la corona húngara, pero perdió la polaca. Y este fracaso originó un movimiento de oposición que al final debía significar para la nación alemana la pérdida de su predominio en el este.

Sostén y columna vertebral del predominio alemán continental fué la Orden Teutónica, en Prusia y Livonia. Se la valoró con exceso, lo mismo que a la Hansa: sus éxitos engañaron acerca de su potencialidad. Nunca fué muy grande; su dominio, fundado en la fuerza militar, ejercido a menudo brutalmente, no se arraigó muy hondo en el país. Pudo afirmarse mientras no se le opuso una gran fuerza unida. Debió contar con dos enemigos permanentes, Polonia y Lituania, ambos países profundamente enemistados entre sí. La Orden estuvo segura mientras duró esa enemistad.

Terminó ésta en el año 1386, cuando los polacos, para eliminar al pretendiente alemán a la corona, llamaron al país al gran duque Jagiel de Lituania y le dieron el trono real con la mano de la hija menor del rey. Frente a esta alianza polaco-lituana la posición de la Orden en Prusia se tornó crítica. Una dirección inhábil y equivocada en la política y en la guerra hizo lo demás, y en el año 1410 llegó el derrumbe. Las fuerzas polaco-lituanas unidas presentaron batalla al ejército de la Orden en Tannenberg, antes de que llegara el contingente livoniano. La derrota fué completa: el poder de la Orden quedó deshecho desde ese día, mientras que en el interior se perfilaba un pronunciamiento de la nobleza y de las ciudades que desembocó finalmente en una revolución. La Orden intentó defender su situación durante medio siglo

todavía, después tuvo que capitular con la paz de Thorn en el año 1466, por cuanto el país y las ciudades le dieron la espalda y se entendieron con Polonia. La parte occidental de su territorio, con la ciudad de Danzig, fué cedida al rey de Polonia; para la oriental se reconoció su derecho de investidura. Prusia estaba perdida para el Reich.

Al mismo tiempo que el prestigio alemán recibió el golpe decisivo en Tannenberg, fué arrancado de raíz también en otro lugar: en Bohemia. El reino checo debía esencialmente su prosperidad a la fuerte inmigración alemana, que casi siempre mereció el favor de sus monarcas. Por ello, el elemento alemán alcanzó allí en el pasado una posición dominante. Pero precisamente la obra cultural que realizó despertó con el correr del tiempo la reacción nacional de los checos, que halló su expresión en el vivaz movimiento religioso-social que se vincula al nombre de Juan Hus, y que fué desde sus comienzos una agitación nacional, tendiente al mismo tiempo a eliminar el predominio alemán en el estado y en la Iglesia, en la ciencia y en la economía. La lucha empezó, en el año 1409, con la expulsión de los alemanes de la Universidad de Praga, hasta entonces dirigida por ellos; las fuerzas unidas de la Iglesia y del Reich no lograron vencer el separatismo bohemio. Al final se vieron obligados a pactar con los herejes y a concederles la más amplia independencia y derechos especiales en el aspecto eclesiástico y político. Había terminado así la antigua hegemonía alemana en Bohemia. Durante las guerras husitas se buscó y se halló en Bohemia un estrecho contacto con Polonia; un príncipe polaco desempeñó por un tiempo el papel de rey de los herejes de Bohemia.

Aun después de concertada la paz, siguió la animosidad contra la nacionalidad alemana. El gobierno de Jorge

Podiebrad, primero como administrador del Reich y desde 1458 como rey, fué netamente nacionalista checo. De esta manera, en el lugar que había constituido hasta entonces, en el este, el centro y el punto de apoyo de la influencia alemana, dominó ahora el espíritu eslavo en notoria y abierta oposición contra cuanto fuera alemán.

Y mientras vemos decaer desde principios del siglo XV la soberanía continental alemana en el este, también corre peligro un poco más tarde su dominio del mar. Como competidores, y muy pronto con superior eficacia, aparecen, frente al monopolio marítimo y comercial alemán en el mar Báltico, los holandeses, que nunca se habían adherido a la Hansa. La Hansa trató de alejar por la violencia a esos adversarios, prohibiéndoles la navegación báltica. Pero no se logró realizar ese propósito en los dos años de guerra que siguieron (1438-40). Los holandeses consiguieron en el tratado de paz una admisión provisional, pero nunca más fueron eliminados, sino que, de decenio en decenio, pudieron excluir a los alemanes cada vez en mayor grado. Puede reconocerse aquí también el comienzo del fin a mediados del siglo XV. El frente oriental de Alemania, poco antes tan poderoso y fuerte para la ofensiva, es obligado a ponerse en toda la línea a la defensiva, vacila y aquí y allí se quebranta.

Al mismo tiempo aconteció también algo parecido en el oeste. El problema geográfico del doble frente, que las Parcas nórdicas habían colocado en la cuna del Reich alemán como regalo de nacimiento, la simultánea amenaza desde el oriente y el occidente, revivió en el siglo XV con toda violencia y comenzó a dominar la situación del Reich.

En el oeste se había formado en las fronteras de Alemania una importante gran potencia, cuando el poder del

antiguo Reich alemán se derrumbaba. Felipe II, el fundador de la unidad de Francia, es contemporáneo de la guerra civil entre Hohenstaufen y Güelfos. Hemos indicado ya anteriormente la elocuencia del hecho de que la primera victoria de los franceses sobre los alemanes —en Buvinas, en el año 1214— decidiera la lucha por la corona alemana. La nueva potencia militar de Francia equivalía desde sus comienzos a una amenaza para la frontera alemana: aspiraba a conquistas a expensas del Reich. Lo exigía la población de habla francesa en las regiones limítrofes, Lorena y Henao. Además comienzan a nacer muy temprano en los cerebros franceses toda clase de conceptos acerca de los límites naturales que corresponden a su reino. A principios del siglo XIV ya se hablaba en París de que el Rin debía separar a Francia de Alemania. Paralelas corren las aspiraciones de los reyes de Francia para conquistar para sí o para su casa la corona alemana, aspiraciones que no encuentran en los príncipes de esta nacionalidad un repudio fundamental. En efecto, los Habsburgo, en el año 1324, no vieron ningún inconveniente en ayudar al francés para su elección como rey alemán si les hubiera cedido, en cambio, todas las ciudades más importantes del alto Rin y de la Suiza oriental. El poder de su propia casa es, para el príncipe alemán normal, más importante que el Reich.

No debe causar asombro, pues, que el avance francés encuentre sólo débil resistencia; se dirigía en primer término hacia Lorena y el antiguo reino borgoñón. Los obispados y las ciudades de orillas del Mosa, y del Mosela, Toul y Verdún, fueron en parte anexados con su región vecina hacia fines del siglo XIII y en parte cayeron bajo el protectorado francés. El Franco Condado y Lyon corrieron la misma suerte; en 1343 aconteció lo mis-

mo al Delfinado. Carlos IV resuelve en el año 1378 los problemas indecisos, cediendo a Francia el poder gubernativo en el reino de Borgoña, después de separar de éste a Saboya y la Suiza occidental, que asignó a Alemania; límite pues que Francia conservó hasta la segunda mitad del siglo pasado.

Por la situación en que Francia misma se encontraba, se explica que las pérdidas no fueran mayores. La lucha permanente que, por su existencia, debía sostener contra Inglaterra, la guerra denominada de los cien años, fue para Alemania durante mucho tiempo la mejor protección. Esto se evidenció súbitamente al final de esa guerra, en que los ingleses sacaron la peor parte. El ejército francés, que por el armisticio quedó sin tareas, se presentó en el año 1444 en Lorena y Alsacia, estableció en ellas sus cuarteles de invierno, exigió la sumisión de Metz y Estrasburgo y atacó a Basilea. Sus exigencias fueron rechazadas y el retiro se consiguió solamente por convenios y amenazas, pero estuvo pendiente de un hilo el que Alsacia se convirtiera entonces en dominio francés.

Sin embargo, éstos no eran más que pequeños episodios, comparados con lo que preparó simultáneamente el estado borgoñón recién creado. Constituido por la unión del ducado francés de Borgoña y el condado, igualmente francés, de Flandes (1386), este nuevo gran estado llevó a cabo desde un principio una expansión sin miramientos, tanto a expensas de la corona francesa como del Reich alemán. Poco a poco cayeron en sus manos Artois y Picardía, por una parte; por la otra, Brabante, Henao, Holanda y, finalmente (en 1440), también Luxemburgo. El duque no reconoció la soberanía del Reich ni en los territorios que había conquistado y que indudablemente perte-